

La Gran Vía

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AÑO II.

Madrid, 21 de Octubre de 1894.

Núm. 69.



EN LA FERIA DE MADRID

ACTUALIDADES



AMOS quedado en que no sabemos si la calabaza es fruta ó es hortaliza—problema «económico administrativo-hortícola», propuesto en *El Liberal*, como pasatiempo de consumos, de utilidad indudable.

—Fruta y muy fruta, es—según unos, pensando en las cabezas de varios dulces amigos.

—Hortaliza y nada más que hortaliza—opinan otros, teniendo en cuenta algunos ejemplares de cabezas eminentes.

¡Llegar un hombre á la mayor edad, ignorando estos orígenes de tantas familias ilustres!

Como dirá para sí algún personaje de la situación:

—Es molesta la duda con que batallo. ¿Será fruta? ¿Será hortaliza? ¿Será vegetal á no?

Éste, el de la crisis y las incubaciones de *Tenorios* para fin de mes, son los asuntos de mayor importancia para el país.

Puede decirse que, hoy por hoy, son los *Plutarcos* más interesantes.

De crisis, hasta que D. Segismundo regrese de París, después de hablar con D. Casimiro, no hay que hablar siquiera.

Luego quedará todo reducido á dos ó tres permutaciones en sentir de un chico importante que trata á Cruz como á un cualquiera de la clase de paisanos.

Vamos, con franqueza.

Por ejemplo: que Pasquín pasará á Estado, Moret á Marina y el General á Gracia y Justicia, y nada más.

Guerita no entrará en la combinación ó en la permutación, según se dice de público.

Y respecto á los preparativos para el alumbramiento de *Tenorios* en los teatros de Madrid, hay noticias altamente satisfactorias.

¡Qué año de *Comendadores* y *Mejías* muertos con la chispa y á estoque, respectivamente!

¡Qué año de raptos y de apoteosis inmediatas!

Habrán *Tenorios* nuevos, *Tenorios* verosímiles, *Tenorios* á medio uso, *Tenorios* con exceso de edad y *Tenorios* ya vultuosos, como algunos *chaquitos*.

Ineses abundarán, proporcionalmente.

Unas en sazón, otras maduras, alguna aguardentosa, tal vez,

¡Pues y en clase *Brigidas*? ¿Cómo se ha piteado eso!

Significando las imitaciones del gusto moderno, este año habrá, en algún teatro, verdaderas novedades en el *Tenorio*. Sorpresas para el público.

Como, por ejemplo:

En la *Hustaria del Laurel* entrarán todos los caballeros en bicicleta, y habrá un *petit record* circular, compuesto y dirigido por el director del cuerpo de baile competente.

Recuerdo que, hace unos cuantos años, se representó en Novedades *Don Juan Tenorio*, y *Doña Inés* volaba en el cuadro de la apoteosis convencional.

Había espectador que lloraba, viendo las pantorrillas sonrosadas de *Doña Inés*, ya difunta y aérea.

La *mise en scene* contribuye poderosamente al éxito de

las obras teatrales, como sabe cualquier Godón de «género chico ó de género grande».

He visto *El Alcalde de Zalamea*, vestido al día, y *La Capilla de Lanuza*, de corto y al estilo de Andalucía.

¡Qué alboroto! ¡Qué entusiasmo el del público distinguido!

«El furor regionalista.»

La prensa local se deshacía en elogios á la dirección de escena de aquella Compañía.

«Era distinción y buen gusto—escribían los críticos de cuarta clase—á que no nos tienen acostumbrados otros directores...»

Á lo que tampoco podemos acostumbrarnos los vecinos pacíficos de Madrid es á los estrenos en los teatros de secciones, y particularmente en algunos de ellos.

Cuando menos se teme, se presenta un conflicto.

Se oye un golpe seco.

Es una bofetá, cuarestando.

—¡Aplauden á la tiple!—pregunta un señor delicado de oído.

—No, señor—responde un vecino;—es que se ha caído el autor desde el piso segundo.

—Si no callan ustedes, van á la calle—vocea un acomodador bravo.

—¡Fuera!—gritan varios señores del público.

—La obra que hemos tenido el honor de lidiar....

—¡Fuera!

—¡Á la cuadra! ¡Los autores! ¡Qué salgan!

Un silbido estridente parece que llama á los amigos emboscados para caer por sorpresa sobre el tren.

Las señoras, si hay alguna presente, y los niños, huyen de la sala, si pueden.

Entran los guardias sable en mano y evolucionan.

Cuando las familias de bien se hallan en salvo, respiran.

—Uno y no más—dice el jefe ó cabeza de ella;—no más estrenos; iremos á ver el repertorio y nada más; obras usadas, y no todas.

Los estrenos llegarán á verificarse sin más público que el piquete que asista por orden de la Autoridad.

Declarando previamente el estado de guerra en los teatros, para evitar desgracias personales.

Ó á puertas cerradas.

Así podrán las empresas anunciar, impunemente, la segunda representación de una obra silbada, diciendo:

«Segunda representación de la delirantemente aplaudida y coreada....»

Los chinos pueden anunciar lo mismo.

«Segunda representación de la paliza en varios cuadros.» Y «tercera» y «cuarta», hasta llegar á ciento, que ya es mucho.

Con razón me decía un escritor muy mayor de edad:

—Huyo de los estrenos, porque siempre me parecieron difíciles; pero hoy son imposible: yo no estrenaría, aunque me fusilaran si no.

Á lo cual replicaba una tiple muy conocida general y particularmente.

—Es claro: á la edad de usted, no puede ser. Eso se queda para los muchachos, que sienten aspiraciones.

LA PISA DE UVAS

A. D. Gaspar Abati.

Del lagar que reñene en montones
los racimos, muy cerca sentado,
Inciendo en las sienas caduca corona
de cabellos blancos,
está el viejo de torso peludo,
está el hosco sátiro,
rey que fué en un tiempo de toda vendimia,
y triunfante aleta de todos los campos.
Su tronco parece
robusto peñasco;

sus piernas, macizas columnas de templo,
y nudosos sarmientos sus manos.
El Rocio es su nombre,

pero ya en un asierro postrado,
es tan sólo una ruina gloriosa,
digna de la clásica corona de pámpanos.

Al lagar en que pisan los mozos
los racimos claros,
mira, rezongando palabras confusas
contra la torpeza del lento trabajo.

Uno de los hombres,
con burla y desdoro,
dice: — ¡Pues apenas si el viño ya chochu
está poco ancho,

porque supo pisar, ha ya un siglo,
cuatro racimejos, moviendo los brazos!
— En mi tiempo— él repite— las uvas
mejor se pisaban que pisarse hogano,

en que cuatro mozos, sin gracia ni brio,
parecen molinos de viento girando.
— Puede usted poner motes, recristo,
rage un mozo bárbaro,

cuando usted parece manojó de huesos
por pellejos y arrugas atado.
— ¡Que el abuelo baile!

— ¡Que pisando luzca su ciencia y su garbo!
de cien partes gritan con risas y burlas
animando el magnífico cuadro.

Herido en su gloria, la herida más honda
que infiriera al viejo postrado,
se alza del asiento
con las manos, de enojo, temblando;

de un tirón se coque
los viejos harapos,
y por todo adorno liando á sus sienas
un sarmiento á una parrá arrancado,

al lagar de un brinco
entra victorioso, los pies ajustando
á un baile forzado, que aínso recuerda
de la danza pírrica los giros gallinidos.

Mientras mueve los brazos robustos,
bailando ejecuta vistoso trenzado,
que no deja un lugar en el suelo
sin herir con el ritmo á su paso.

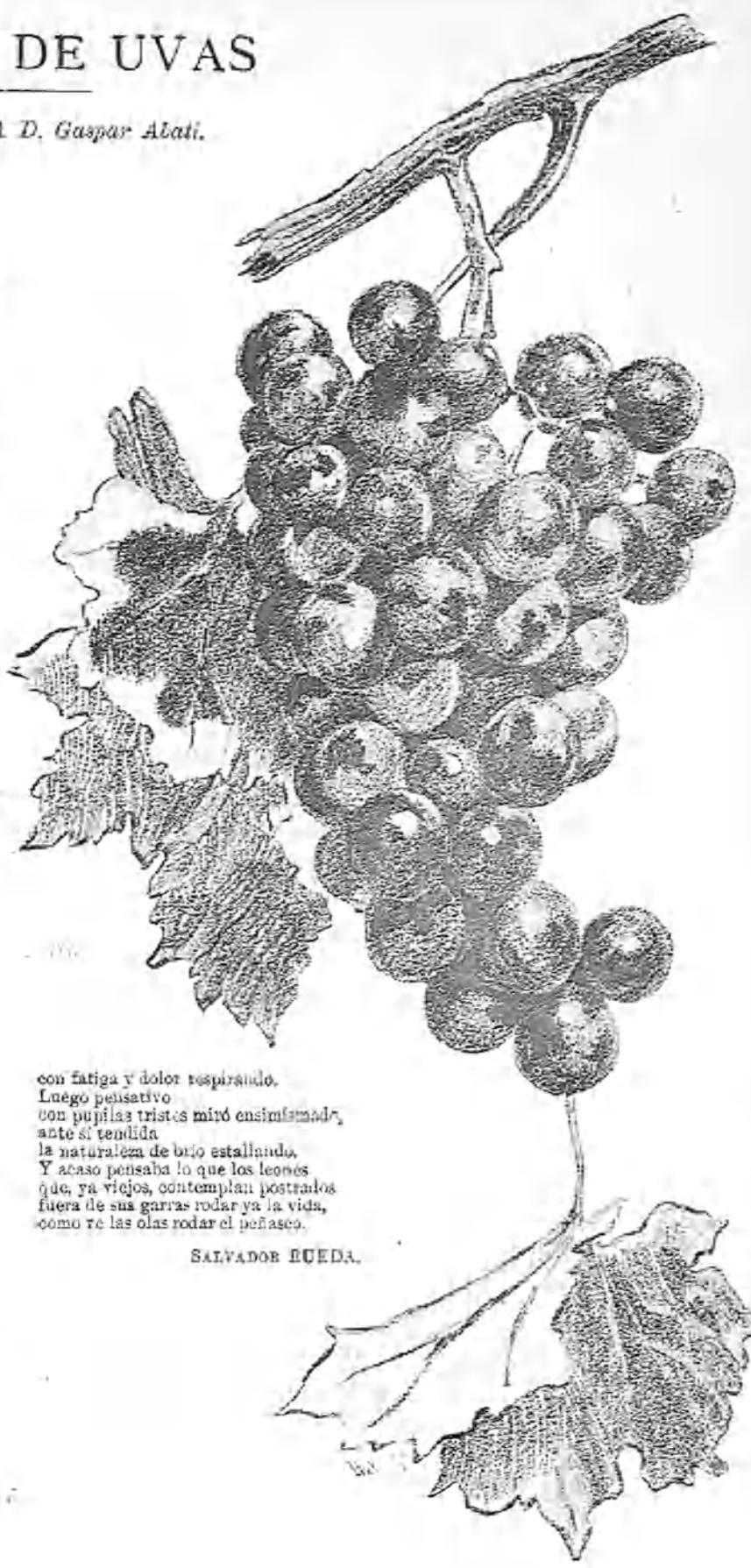
Los racimos reventan; el mosto
en torno salpica; rebosan los cántaros,
recogiendo el zumo que herviente desajude
el lagar sacudido y prensado,
y apenas separan
la vasija que está rebosando,

otra llénase al punto, y parece
constante arco de oro la curva del caño.
En asombro la burla se trueca,
y la burla en ardiente entusiasmo;

jamás vió la gente,
que le mira con rostro exaltado,
más gracia mezclada de arranque y de brio
que en el viejo clásico.

ática figura de bajo relieve
sobre prietos racimos bailando.
Al bajarse luego
del lagar, arrancóse del cráneo
su corona de dios, y dejóla
en el muro colgada de un claro.

— El mozo que quiera
puede colocársela y hacer otro tanto,
dijo, y fue de nuevo al asiento



con fatiga y dolor respirando.
Luego pensativo
con pupilas tristes miró ensimismado,
ante sí tendida
la naturaleza de brio estallando.
Y acaso pensaba lo que los leones
que, ya viejos, contemplan postrados
fuera de sus garras rodar ya la vida,
como ve las olas rodar el peñasco.

SALVADOR RUEDA.

EL CUENTO DEL CAÑAPÉ

Es mi amigo Salvador
López un discuditor
apasionado vehemente,
y además un hablador
ingenioso y ocurrente;
carezca ó no de razones,
él suelta la taravilla,
armando en sus reuniones
disputas y discusiones
por la cosa más sencilla;
y cuando comprometido
en una de ellas se ve,
dice: «Pero si es sabido;
lo prueba el tan conocido
cuento ese del cañapé.
Todos lo conocerán
y todos comprenderán
que aquí es aplicable el cuento,
y que con tal argumento
se convence hasta un gañán.»
Y esta seca afirmación
hecha como la razón
más clara y más terminante,
descompone al contrincante
y acaba la discusión.
Y la cosa más graciosa

es que emplea el argumento
una vez.... y diez y ciento,
y que para cualquier cosa
tiene aplicación el cuento.

Pues siempre que en el café
refiera cualquier amigo
el episodio h ó b,
él añade: «lo que digo,
el cuento del cañapé.»

Que á cierto infeliz casado
su mujer le dió camelo,
«¡pues si estaba descontento!
Y el cuento tan renombrado
del cañapé viene al pelo.»

—¿Sabes lo de Salomé
con García?

—No lo sé;
pero casi lo presiento,
y aquí sí que viene á cuento
el cuento del cañapé.

Que se habla de la anarquía,
de sus proyectos y horrores,
y de matarlos un día;
pues él dice: «No hay tu tía;
lo de mi cuento, señores.»

Que el Director Don Tomé

ha tomado no sé qué
en la cosa que dirige,
y él añade: «¿No lo dije?
El cuento del cañapé.»

Y que no hay otro argumento,
porque es ya cosa sabida
que en todo acontecimiento
viene el conocido cuento
del cañapé, á la medida.

Y aunque caso tan variado
para todo se repita,
está ya bien demostrado
que casi siempre la cita
produce su resultado.

Por fin un día, entre ciento,
cansado ya un tal Sarmiento,
le dijo:—Hombre, de verdad,
tengo ya curiosidad
de conocer ese cuento.

—¡Pero no lo sabe usted!
—No, señor; jamás lo he oído.
—Pues si ese es un cuento que
es ya tonto, de sabido;
pero hijo, yo no lo sé.

RICARDO MONASTERIO.

Entre «primos» anda el juego

La mujer de Don Ramón
tiene un primo capitán,
y ya las gentes están
suponiendo que hay traición.

Y no falta quien señale
más de un indicio que encuentra,
y dice que el primo entra
siempre que el marido sale.

Dato grave, que conviene
con otro observado ya;
y es que el primito se va
siempre que el marido viene.

Don Ramón, que, al parecer,
en ello nunca repara,
siempre pone buena cara

al primo y á la mujer.

Hasta que un día un amigo
juzgó un deber de amistad
hablarle con claridad,
y llevándole consigo,
le dijo:—Amigo Ramón,
te voy á dar un disgusto,
pero me parece justo
hacerte una reflexión.

Tú tienes esposa bella
y tu esposa tiene un primo,
y yo quiero, pues te estimo,
que pienses en él y en ella.

—¿Á dónde vas á parar?
—Á donde á tí te conviene.

Hombre cuya esposa tiene
primos, debe vigilar.

—No pases por ello apuro
y á tranquilizarte voy,
porque de ese primo estoy
completamente seguro.

También un primo me enfada,
y como tú desconfío;
mas su primo, amigo mío,
sé que no es primo ni es nada;

pues mil veces me juró,
de casada y de doncella,
que en el mundo para ella
no habrá más «primo» que yo.

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.

Hablar claro

Si vuelves al bosque, niña,
aunque volver no debieras,
por razones que tú acaso
en este momento piensas,
no finjas que te hallas sola
como ayer, cuando me veas,
ni alces la vista á los árboles
con mentida indiferencia;
ni arranques frutas aun verdes
para que al verte yo crea
que fuiste por solazarte
con la calma de la selva.
Mira que advertí á dos pasos
agitarse la maleza,
y el día estaba tranquilo,
¡luego el huracán no era!
Y que el color de tu cara
no me pareció la huella
que el sol y el aire del campo
sobre un cutis fresco dejau;
sino el rubor que ha nacido
del temor, de la sorpresa,
de la agitación pasada
y de la misma vergüenza.
Conque es inútil que finjas,
si alguna tarde me encuentras
de nuevo en el bosque, adonde
volver ya más no debieras
por las razones que acaso
en este momento piensas.

José HINESTROSA.





EL CAFÉ CANTANTE

Un local tan obscuro como mezquino,
 lleno por todas partes de sucias mesas,
 en torno de las cuales bulle la gente,
 que animando el recinto charla y patea;
 los cigarros desprenden columnas de humo
 que inficionan el aire con impurezas,
 y llenan el ambiente de esa neblina
 caliginosa y seca de la taberna.
 En uno de los lados de aquel tugurio,
 donde la luz, al menos, es más intensa,
 se alza un tablado estrecho, destartado,
 y en él fija sus ojos la concurrencia,
 alegre, bulliciosa, desenfrenada,
 que se revuelve y grita con impaciencia.
 De pronto, la algazara cesa un instante
 para empezar de nuevo con doble fuerza.
 ¡Ya están las bailadoras en el tablado!
 ¡Ya se escuchan los ecos de aquella fiesta!
 El ruido prolongado del taconeo,
 el alegre repique de castañuelas,
 y al son de una guitarra desvencijada,
 la voz enronquecida de una morena,

que anhelosa les canta, dando suspiros,
 la pena que rebosan las peteneras,
 El público se agita con entusiasmo,

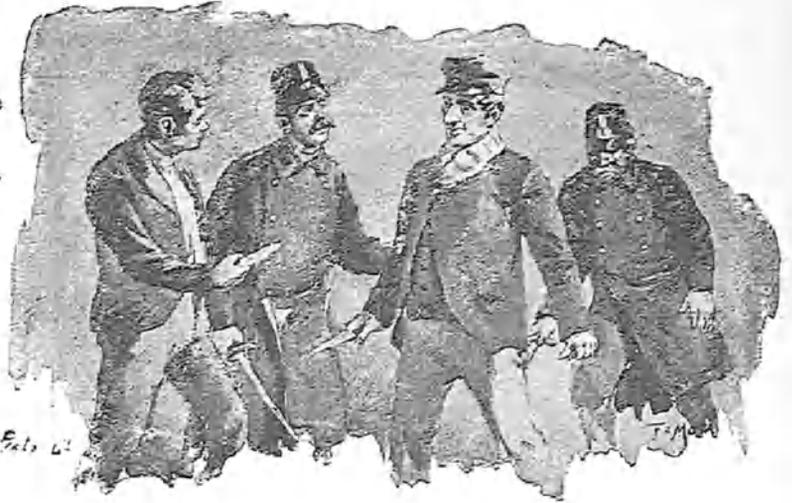


zaherido en el alma por las cadencias;
 el vino, bueno ó malo, llena las copas,
 acompáñase el canto con las botellas,
 y tarareando á coro las soledades,
 en rítmico conjunto se palmorea.
 Luego la paz turbada, la nota triste,
 y siempre indispensable de toda *juerga*,
 los típicos matices que vigorizan
 la cómica algazara de toda gresca;
 dos chulos que disputan, sacan navajas,
 se llaman improperios.... y no se pegan,
 y dos guardias del orden *canguelo* en ristre
 que en la cárcel con ellos dan de cabeza.

.....
 Pasan lentas las horas, y aquellas gentes,
 saturadas del vaho de la taberna,
 siguen coreando á gritos las soledades
 y á la vez se emborrachan y palmorean.
 Y en el tablado estrecho, destartelado,
 donde halló grato nido la soñolencia,
 ya no se escucha el ruido del taconeo,

ni el alegre repique de castañuelas,
 sólo los tristes sonos de la guitarra,
 y la voz apagada de la morena,
 que casi adormecida por el cansancio,
 entona débilmente la petenera.

A. ALCALDE ALEJANDRE.



INSENSATEZ DEL HONOR

I.

Por una mujer casada
 lúbrico afán sintió un rey,
 y obedeciendo la ley
 de honrar la sangre heredada,
 la víctima de un asedio
 tan bajo como asqueroso,
 por no ultrajar á su esposo
 buscó un horrible remedio.

Todos conocen la historia
 de aquella noble mujer,
 empeñada en obtener
 la más difícil victoria:
 que, esclava de un firmeza
 que casi rayó en delirio,
 con gusto aceptó el matrimonio
 de destruir su belleza.

Y al ver el surco sangriento
 que sobre su faz dejaba
 el vitriolo, que arrojaba
 lo casto de un sentimiento,
 pensando en el puro amor
 que su esposo la tenía,
 —¡Quema la carne!—decía—
 ¡pero refresca el pudor!

Mi esposo el alma desea:
 para él, la honradez es todo:
 me querrá del mismo modo
 hermosa que al verme fea.

¡Pues destruya este licor
 la beldad que ha despertado
 un deseo inmoderado
 de un monarca sin honor!—
 Y así resolvió el problema,
 sin sospechar la ignorante
 que, al quemar para el amante,
 para el marido se quema.

II.

Volvió el esposo, y al ver
 la faz poco antes hermosa
 con apariencia monstruosa,
 se sintió desfallecer.

Y atento sólo á la idea
 de un porvenir sin encanto,
 retrocedió con espanto
 diciendo:—¡Infeliz! ¡Qué fea!—

Que al lado del monstruo horrible,
 víctima de su energía,
 la esperanza que él traía
 se hizo del todo imposible.

Y ella, presa de un dolor
 difícil de describir,
 —¡Quién sabe!—llegó á decir—
 si hubiera sido mejor!....

LUIS DE ANSORENA.

54R 3/4 A

54R=27

«LA CORNEJA»



Como fea para espantar á los chiquillos, no lo era, ni mucho menos; que aquellos ojos pecadores por sugestión de malos deseos, y aquella boca que parecía constantemente contraída con la mueca de un beso.... fantástico, y aquella nariz greco-romana, que no todas han de ser griegas completas, y aquella blancura de tez y aquel pelo negro y undoso como agitado por el oleaje de las pasiones, no eran dignos de desprecio.

Y respecto á la edad de D.^a Amelia, tampoco era para echar á un rincón á *La Corneja*, que este mote la habían aplicado las gentes en el pueblo.

Veinticinco años iba á cumplir.

Joven, con buenas prendas personales, sola en el mundo y dueña de un capital que no bajaría de ocho millones de reales, entre metálico y tierras de labor y fincas urbanas, ¿habría de quedarse para vestir imágenes?

Voluntariamente sí; pero por falta de galanes, capaces de cometer cualquier desafuero por ella y por su fortuna, no había de ser.

Pronto se convenció de la inutilidad de sus pretensiones.

Porque Amelia les atajaba inmediatamente, prestando su resolución de consagrarse á vivir aislada del mundo y de las vanidades sociales.

No buscaba refugio á su orfandad en el sagrado del claustro, por no desprenderse del todo de la sociedad.

Porque, á pesar de todo, recibía algunas visitas, si bien de personas respetables, por su edad, por su posición social y aun, alguna, por su ministerio.

Entre la gente del pueblo, D.^a Amelia pudo ser una santa.

Pero no era así como la denominaban, sino *La Bruja* y *La Corneja*; ésto principalmente.

Mujer misteriosa, rara vez salía al público.

En un caserón, rodeado de jardín y huertas, vivía encastillada, y solamente en día festivo se la veía en la iglesia del pueblo oyendo misa.

Los pobres nunca llamaban en balde en la puerta de aquella casa.

Como que nunca llamaban, porque conocían á la dueña.

—¿*La Corneja*? ¡Güena persona!—exclamaba uno.

—Pa consolá á un triste—añadía otro pobre.

La madre de Amelia había sido la madre de los pobres, en aquellos contratos.

Pero murió «y se acabaron los pobres», como decía un suscriptor de los más consecuentes que «habían favorecido la casa», para disfrutar de la limosna diaria.

La señorita «era otra clase de personas».

Las puertas de la casa de Amelia se cerraron para los menesterosos





Del caserón de D.^a Amelia apenas quedaron las paredes.

¿Y en la huerta? ¡Qué destrozo! Nada dejaron en pie.

—De lo e *La Corneja* apenas hay ni rastro; too lo hemos dejao tan seco como eya.

—Es una lástima.

—¡Eya que too lo daba!

—¿Y consiguió escaparse?

—Por esta vez, sí.

—¿Qué quies tú? cosa e la vía. La probe era mala e chipén; pero me dió fatiga. La jayé en medio e una jaza; ayí, escondía, y ajogá e se. La arreoji y la dije: «Vamo, tenga usted való; que a mi vera na e susederla.»

—Aluego, e risuria—continuó el salvador de Amelia—ha perdió la razón que tenía, según disen, y....

—¿Ha variado de carácter?

—Sí, antes era algo ruin.

—¿Y ahora?

—Ahora.... otavía es más peor que enenantes.

—Una lección siempre ayega á tiempo.... Por lo que si ahora la viera usted comprometida otra vez....

—Sí, le diría á las turbas:—«Ahí tenéis á *La Corneja*.»



EDUARDO DE PALACIO.

en cuanto murió la noble y caritativa señora.

La casa había venido á menos, según el administrador de la señorita Amelia.

Era necesario suprimir ciertos despilfarros, economizar para conseguir la nivelación.

La señora, madre de D.^a Amelia, había desparramado una fortuna en limosnas.

—Bueno es dar, pero hasta cierto limite, sin abusar—que decía uno de los intimos de doña Amelia.

«Sin abusar de la caridad», como él; prestaba al ochenta por ciento.

Un día llegaron al pueblo noticias de graves trastornos en Madrid y en otras provincias.

En la duda, la primera determinación de las autoridades locales fué poner sobre las armas á la guarnición, compuesta de cuatro guardias civiles y un cabo, que estaban en aquel puesto.

Los acontecimientos llegaron.

El pueblo se alborotó y, ejerciendo de Providencia, empezó á lanzar rayos.

EN EL ALBUM

DE LA HIJA DEL NOTABLE POETA ANTONIO F. GRILO

Magdalena, renuncio con sentimiento
á cantar donde cantan tus trovadores.
¡No sé hablar de las cosas del firmamento,
ni de los pajarillos, ni de las flores!

Así como hay poeta de pocos años
que en placeres sin cuento gasta un sentido
y después nos refiere los desengaños,
amarguras y penas que no ha tenido,
yo, que llevo en el alma tristeza ignota,
procuro conservarla siempre escondida
y cantar sólo en tono de chirigota
lo risible y lo bufo que hay en la vida.

Por eso, Magdalena, nada te digo,
pues á mi musa frágil y retozona
le daría vergüenza charlar contigo,

¡porque á veces la pobre se desentona!

Aunque hacia tí mi pluma no tienda el vuelo,
de su intención, que es buena, por Dios no dudes,
y cuando tú te encuentres allá en el cielo,
como premio alcanzado por tus virtudes,

recita aquellos versos tan rebonitos
del autor de tus días, que tú ya sabes,
¡y verás cómo gozan los angelitos
y San Pedro embobado pierde las llaves!

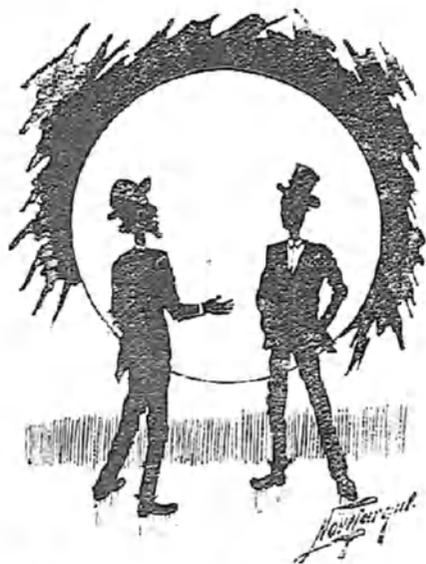
Mas por hoy no censure mi vano intento
de cantar como cantan tus trovadores.
¡No se me ocurre nada del firmamento,
ni de los pajarillos, ni de las flores!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

MISCELANEAS VIEJAS, por A. Novejarque



- ¿Cuántas guerras sostuvo España en el siglo XV?
—Seis.
—¿Quiere usted enumerarlas?
—Una, dos, tres, cuatro, cinco y seis,



- Esto es insostenible. Los negocios están paralizados.... No se vende absolutamente nada.
—¿Cómo que no se vende nada? Me parece que se queja usted de vicio. ¡No hace todavía dos horas que yo he vendido mi gabán!

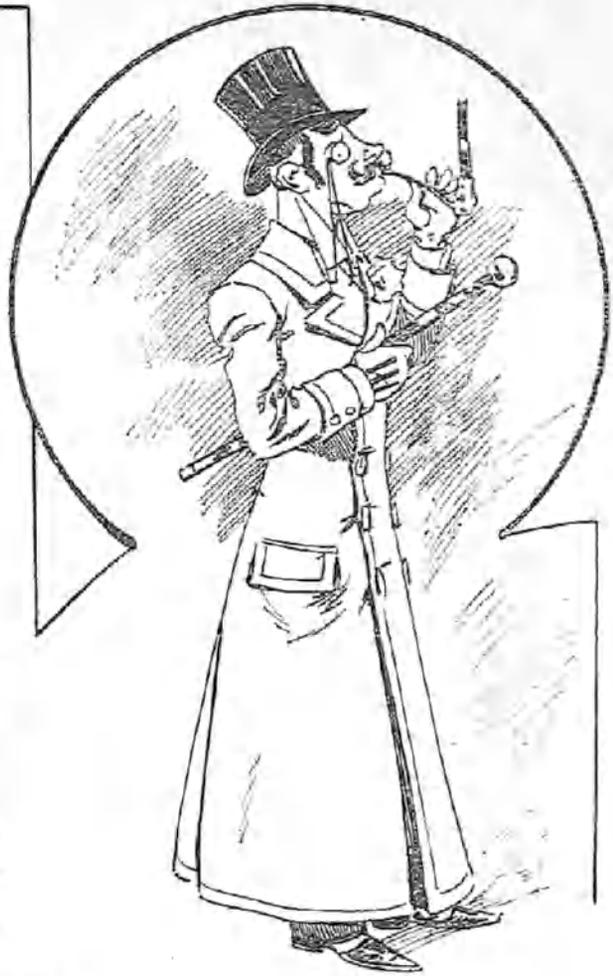
QUISICOSAS

(DIBUJOS DE CILLA)



—¡Mira que haberme silbado cinco zarzuelas seguidas!
¡Estoy viendo que, si estreno gabán, me lo van a silbar también!

—Si te lo has de comprar con lo que te produzcan tus obras, me parece que esa silba no te la dan.



¡Qué gabanes tan largos
y tan hermosos
lucen en estas noches
nuestros gomosos!



—Diga usted, ¿voy por aquí derecho para la Plaza Mayor?
—¿Derecho? ¡Me parece que no!



Ya empiezan las soirées y las veladas,
donde van las mujeres descotadas,
y así me enteraré si ha sido chanza
lo de la ampliación de la enseñanza.

